



BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL CASTILLO DEL PODER

6

El Vino de la Ambición

por

HERIBERTO FRIAS

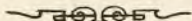


MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900



El Castillo del Poder



¡Leed, amigos míos, esta imposible leyenda, divertida y fantástica!...

Allá en una pequeña ciudad de Italia durante las guerras que emprendieron en aquellas fértiles y hermosas tierras los reyes de España, Cortés, el ya famoso Fernando Cortés, aparecía como uno de los mejores capitanes de los ejércitos españoles.

Sin embargo Hernán Cortés, aunque

hidalgo español de buen linaje, era como otros muchos amigos suyos y compañeros nobles, sumamente pobre.

¡Y él que ambicionaba desde niño opulenta vida, riquezas prodigiosas, renegando de su vida miserable!...

¿Cómo llegar á ser rico y feliz?

El grandioso camino de la fortuna se encontraba en aquella época, para todos los hombres valientes y emprendedores aunque fuesen criminales, se encontraba allá en el Occidente, atravesando el mar interminable y terrible allá hacia el Nuevo Mundo descubierto no hacía muchos años.

Allí, allí... hacia aquellas maravillosas islas sería preciso ir en busca de oro, piedras preciosas, perlas y regias esplendideces...

Había que ir hacia las ciudades de los diamantes, hacia el imperio del Oro, había que ir á batallar con furia contra gentes bárbaras, feroces, de obscuras pieles, regar la sangre española, triunfar, conquistar los países asombrosos y

volver á la patria, volver á la querida España, rico y feliz, cargado de diamantes, convertido el pobre soldado aventurero en rey triunfante regresando de la conquista de grandes imperios riquísimos, con un botín espléndido.

En estas fantasías regias soñaban en aquella época los soldados pobres de España...

Figuráos, amiguitos, que todos estos soldados tan valientes y nobles estaban acostumbrados á batirse desde niños contra los moros.... Sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos, en fin, todos sus antepasados desde hacía nueve siglos—¡novecientos años!—habían batallado eternamente contra los moros enemigos de España...

Al fin habían triunfado, arrojando á los conquistadores africanos fuera de la última ciudad que en España poseían, fuera de la preciosísima villa de Granada.

Los reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel obtuvieron aquella victoria

espléndida... Cristóbal Colón, como ya sabéis, amiguitos, descubriría poco después el Nuevo Mundo entregándoselo á España, á España, que iba á ser ya la primera nación del Universo.

Todos los valientes que no tenían riquezas para disfrutarlas en paz, quedaron por lo pronto aburridos, sin que hacer, pobres y contristados...

Ya no les quedaba el recurso de pelearse... ¿A dónde ir á buscar distracciones y dinero?

¡Hacia el Nuevo Mundo!... ¡Al imperio del Oro, á los reinos de los diamantes y las esmeraldas'...

Por eso Don Fernando Cortés soñaba con hacerse rico en lo que había de ser la América... Y expresaba donde quiera sus ambiciones... y todos le envidiaban conociendo su audacia y su talento... Y por eso aquella noche en que paseaba aburrido á la orilla del mar, á la luz de la luna, por el pequeño puerto italiano, meditaba, mirando las olas del Mediterráneo, en llegar dentro de poco tiempo



hasta lejanos países del Nuevo Mundo.

La playa estaba solitaria; sólo se escuchaba el eterno murmullo de las olas inquietas que parecía que murmuraban á los oídos del valiente Don Fernando:

—¡Más allá!... ¡Más allá!... ¡Más allá!...

Repentinamente, y sin saber cómo, se le acercó una figura negra, disforme y horrible, chaparra y que cojeaba.

Don Fernando creyó que era un fantasma ó un demonio, y echó mano á la espada gritando, al encomendarse á Dios:

—¡Atrás, maldito engendro de los infiernos!

—¡Ave María Purísima, Don Fernando! no soy engendro sino Guido, el bufón de Su Alteza—murmuró la horrible figura, haciendo el signo de la cruz.—¿Sois valiente?

—¿Queréis que os lo demuestre?

—No, caballero. ¿Sois pobre?

—¿Y qué os importa?

—A mí no; pero sí á un alto personaje que puede haceros rico... ¿queréis ir hacia el Nuevo Mundo? ¿queréis seguirme?

—¡Vamos! Pero si me engañas ó te burlas de mí, vil renacuajo, te hago pica-dillo y te hago freir vivo en las cazuelas de tu amo Lucifer...

El jorobado y cojitranco bufón, envuelto en su negra capa, echó á andar por extraviados senderos hasta que se perdieron por entre altas rocas... y siguieron andando mucho tiempo... hasta

que por fin se encontraron ante una barca á la orilla del mar... Subieron sin decir una palabra; los robustos marineros remaron con fuerza hacia alta mar... El chaparro misterioso, sacó una botella y la ofreció á Cortés, diciéndole:

—¿Queréis beber? Es este un magnífico vino de las tierras de Su Alteza... ¡Bebed!

Desconfiaba Don Fernando y por lo pronto sólo paladeó el líquido; mas este era tan delicioso, exhalaba un aroma tan exquisito de viejo licor, que no vaciló, y dió grandes tragos alegremente.

Mientras tanto la barca se internaba en el mar, alejándose de las playas de Italia.

¿A dónde iban?...

* *

¿Lo que pasó luego fué sueño? ¿Fué embriaguez del maldito vino del bufón jorobado? ¿Fué burla de groseros amigos que quisieron divertirse del valiente hidalgo español? ¿O venganza de la envidia de ocultos enemigos? ¿O acaso sinies-



tra realidad de su vida tan erizada de terribles aventuras?

¡Quién sabe!... Jamás pudo el mismo aventurero darse cuenta de este episodio maravillosísimo, tan raro y extraordinario como la anterior aventura que conocen ya mis amables lectores.

El solo recordaba que después de haber vuelto á beber en la barca, escuchó

en el mar dulces canciones. Bellísimas mujeres en góndolas lujosas, engalanadas con farolillos venecianos cantabantañendo sonoras bandolinas... Y otras como sirenas nadaban en las ondas, bañadas por fulgores de plata... Oíanse también risas constantes...

—¿Vamos hacia allá? Qué es eso?

—El Castillo del Poder—contestó el jorobado.

—Es bellísimo, pero me extraña que sea rojo todo; ¿por qué?

La barca atracó en la orilla de la hermosa isla iluminada toda profusamente... el rojo palacio se veía en el fondo, soberbio y alto de una maravillosísima arquitectura resplandeciente de oro y purpúreas pedrerías que eran como llamara-das colosales, destacándose en un horizonte densamente oscuro... Y el mar, iluminado por la luna, centelleaba con claridades de plata.

El cielo estaba oscuro como el alma del crimen, el castillo rojo como la san-

gre del martirio... el mar relampagueante como un oceano de lágrimas...

—¡Alto ahí! ¡Alto ahí!—¡Fuera ese aventurero, fuera el entrometido!

Así exclamaron ante el puente levadizo una multitud de negros caballeros que se apiñaban en montón, pretendiendo asaltar unos primero que otros el codiciado puente por donde se subía al altísimo y rojo castillo...

Todos á un tiempo desnudaron sus espadas, levantándolas con ademán terrible contra la gallarda figura de Don Fernando.

—¡Bebe, audaz caballero, otro trago del sabroso vino; con él te confortas y te alientas!

Y el enano bufón le tendió la botella. El noble hidalgo bebió de nuevo... sintiendo al punto correr por sus venas un fuego de indecible entusiasmo al mismo tiempo que una terrible cólera, un furiosísimo deseo por llegar á toda costa hasta el fantástico y alto Castillo del Poder.

Así es que no se arredró ante los caba-

llos negros que se amontonaban espada en mano al pie del puente levadizo que no se bajaba aún.

—¡Atrás, atrás!—volvieron á gritar los tumultuosos.

—¡Abrete paso, si puedes!—díjole el bufón envolviéndose en su capa;—yo paso porque con mis chistes los divierto y los adulo.,

Minutos después en un salón espléndido se encontraban.

¡Qué fiesta tan magnífica!... ¡Cuánta música, cuánta riqueza, cuánta hermosura!

Un baile desenfrenado arrebató todo el enjambre de aquellos poderosos, de los cuales ninguno fingía conocerle, acaso por la pobreza de su traje.

Permanecía en un rincón, cuando de pronto tuvo una idea; al pasar cerca de él un joven lujosamente ataviado, exclamó en voz que sólo por ellos fuese oída: —¡Lástima de lujo en un pobre hombre!

—¡Miserable! ¿Qué es lo que decís, ruín hidalgo?

—Suy muy noble y puedo enseñaros á manejar la espada. ¡Venid!

—¡Vamos pronto!

Bajaron á un patio obscuro y allí, en el silencio y la sombra, Don Fernando chocó su acero con el del lujoso joven, atravesándole el pecho. Entonces se vistió con su traje, cambiándolo ligeramente, recogió sus joyas y ya más erguido y altanero penetró en el salón. Nadie le conocía aún pero entonces todos le saludaron. Las mujeres fueron las primeras.

Después continuó bebiendo, se embriagó aún más con aquel terrible vino que tan deliciosa y ciega embriaguez producía, y danzó en el salón donde por fin todos le aclamaron como grande y muy noble caballero.

Y después bebió de otros vinos. Y en un momento de arrebató y orgullo, exclamó con voz alta en medio del salón:

—Estoy en el Castillo del Poder, he bebido el mejor vino, el de la ambición, y he triunfado... Soy vencedor... ¡Aclamadme!...



—¡Viva el vencedor!—clamaron muchas voces.

—¡Contra mí no prevalecerás, audaz aventurero! Has sido valiente, pero injusto y cruel. Yo te venceré, entregando tu cuerpo y tu alma á la Justicia.

Y al pronunciar estas palabras, lanzó una carcajada el personaje que las dijo.

Espada en mano se precipitó sobre él

el orgulloso hidalgo; pero aquél, con sus manos de hierro, le retorció el cuello. Al abrir los ojos Don Fernando, vió que el rostro del insultador era una... horrible calavera... Cayó desplomado.

Cuando Hernán Cortés despertó se encontraba á la orilla del mar, sentado en la arena hasta donde las olas llegaban, mansas y sollozantes, murmurando: ¡más allá! ¡más allá! ¡más allá!

Se había quedado dormido.

Ahora, como la vez anterior, pregunto: ¿Fué sueño aquella aventura? ¿La fraguaron sus enemigos? ¿Fué delirio ó realidad?

De cualquier modo que sea, fantasía ó verdad, es de una terrible enseñanza... y más cuando se conoce, como os he de hacer conocer, el porvenir del Conquistador de México.

Y tal es la leyenda fantástica que os prometí, amiguitos, tomada de antiguos pergaminos.

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo